

dro derrotó repetidas veces á las guerreras tribus de los lituanos, que entonces comenzaban á hacerse temibles, humillando de esta suerte á un tercer enemigo de Nowgorod. A pesar de todo, este famoso héroe nacional debía ser el que obligara á Nowgorod á reconocer en toda forma la supremacía de los tártaros. El gran duque Yaroslao, su padre, había hecho el difícil viaje á Sarai, y allí llamaron á Alejandro los emisarios del khan.

Este le mandó á decir lo siguiente: «Dios ha puesto bajo mi dominio á muchos pueblos: ¿serás tú el único que no quieras someterte á mi poder? Si quieres conservar tus territorios, ven é inclínate delante de mí y verás el honor y la fama de mi soberanía.» Alejandro obedeció, humillóse ante Batu y tuvo también que emprender el viaje á Karakorum para presentarse al gran khan. Tres años empleó en esta expedición, pasados los cuales regresó á su país, con gran contento de los nowgorodes. Según parece, llevó consigo del viaje una impresión profunda del poder de los tártaros, pues desde entonces no solo le vemos personalmente adicto á ellos sino oponerse á todas las tentativas que los demás hacían para destruir su soberanía. Esto se vió claramente desde su regreso. Yaroslao había dispuesto en su testamento que Alejandro entrase en posesión de Nowgorod y de Kieff, y Andrés, hijo segundo del testador, se hiciera cargo del gobierno de Wladimir. Alejandro creyó ver en esto una limitación de sus derechos, y cuando Andrés se alió con Daniel de Halicz, que procuraba entonces libertarse del yugo de los tártaros, presentóse á Sertak, hijo de Batu, como delator de su hermano, diciendo que Andrés le había arrebatado sus derechos de primogenitura y que no cumplía con los deberes que tenía respecto de sus señores tártaros. Sertak se mostró dispuesto á defender á Alejandro, y no solo le reconoció como gran duque de Wladimir, sino que le dió para combatir contra su hermano un ejército mogol que, á las órdenes de Newrni, invadió y saqueó el territorio susdal. «Con ayuda del cielo,—dijo Andrés al recibir esta noticia,—hemos defendido hasta ahora entre los dos nuestro comercio, y ahora el uno hace penetrar en el país á los tártaros para combatir al otro: prefiero marcharme al extranjero, á trabar amistad con los tártaros y á prestarles mis servicios.» A toda prisa salió con su ejército al encuentro del enemigo, que ya había pasado el Klyasma, pero la superioridad de fuerzas con que contaban su hermano y los tártaros fué causa de que sufriera una derrota completa y de que hubiera de emprender la fuga y de refugiarse en Suecia. Pereyaslawl fué tomada, la esposa de Andrés muerta, sus hijos reducidos á la esclavitud, y el gran ducado de Wladimir pasó á manos de su hermano, el héroe del Neva. No podemos comprender, ni en las fuentes rusas se explica, cómo á pesar de todo cuanto había sucedido pudieron despues reconciliarse los dos hermanos y recibir Andrés de Alejandro, que tantas desgracias había atraído sobre su patria, un principado parcial en Susdal (1). Alejandro fué un mal hermano, que arrojó de Nowgorod á Yaroslao y riñó con su propio hijo Basilio cuando éste intentó contrariar la política de su padre, que exigía una completa é incondicional sumisión á la Horda.

La conexión entre estos acontecimientos que merecen especial mención es como sigue. Batu-khan había fallecido en 1255, habiéndole sucedido, no en virtud del derecho de sucesión tártaro, sino por usurpación, su hijo Sertak, el cual durante los últimos años había cuidado de la dirección de los asuntos rusos. Pero habiendo muerto al poco tiempo, envenenado sin duda por sus mismos parientes, ocupó en 1257

(1) Esta noticia la tomamos de Tatischeff, que utilizó en este punto materiales que no han llegado hasta nosotros.

el trono Bereke, hermano de Batu. Así como Sertak se había mostrado inclinado al cristianismo y había sido tenido por cristiano, Bereke se inclinó al islamismo, aceptándolo en la forma sunnita. Este acontecimiento era de gran trascendencia, pues necesariamente había de traer consigo una división entre los kanatos orientales y occidentales.

Bereke, apenas hubo llegado al trono, ordenó el pago de un impuesto en toda la Rusia y exigió que á él se sujetara también Nowgorod. Esta ciudad fué entonces presa de gran excitación, pues conocidas eran la crueldad y las vejaciones que consigo llevaba toda contribución tártara. El possadnik Michalka pereció víctima del furor popular, y el gran duque Alejandro creyó necesario presentarse en persona en Nowgorod con el recaudador de contribuciones tártaro. Pero ni aun así consiguió imponer su voluntad. La burguesía se puso de acuerdo para librarse tranquilamente por medio de presentes de los emisarios tártaros. Basilio, hijo de Alejandro y príncipe entonces de Nowgorod, emprendió la fuga y se encerró en Pleskoff para no tener que ceder á las exigencias de su padre. Pero Alejandro procedió con energía: Basilio cayó en su poder y fué conducido á Susdal; sus consejeros fueron severamente castigados, y aun cuando por el momento no tomó medida alguna violenta contra Nowgorod, esto no indicaba sino que la difería para mas adelante. En 1259 circuló por la ciudad el rumor de que marchaba sobre ella un gran ejército tártaro, y en vista de esta noticia los nowgorodes resolvieron rendirse; pero al presentarse de nuevo Alejandro con el baskak, de nuevo volvió á estallar la sublevación. De día y de noche hizo Alejandro que los tártaros vigilasen para que no les sucediera ninguna desgracia, hasta que por último abandonó la ciudad, sin haber logrado nada, y se hizo fuerte en Torschok. Entonces comenzó á adquirir preponderancia el partido de Susdal: los nowgorodes se rindieron; los «maldecidos» tártaros recorrieron las calles de la ciudad y, haciendo un padrón de casas y de habitantes, recaudaron el tributo y se retiraron.

De esta suerte Nowgorod pasó á formar parte de los territorios directamente sometidos á los tártaros. La ciudad no fué destruida ni saqueada, pero los ciudadanos se sintieron profundamente humillados, no teniendo que agradecer nada al gran duque. Por lo demás, los tártaros procedieron, según parece, en Nowgorod con mas moderación que en ninguna otra parte. La ciudad enviaba directamente su tributo á la Horda, con lo cual evitaba por lo menos las exacciones de las sanguijuelas tártaras, armenias y judías que se ocupaban en la recaudación de impuestos. En el año 1262 ocurrió en Rostoff una sublevación sangrienta, á consecuencia de la cual los baskakes en parte fueron asesinados y en parte arrojados de la ciudad, y solo con grandes trabajos consiguió Alejandro calmar la cólera del khan, teniendo al cabo de un año que retirarse de la Horda. Enfermo ya emprendió su regreso á Nowgorod, pero no pudo llegar á esta capital, pues en 14 de noviembre de 1263 falleció en Wolschski.

La vida del vencedor de los suecos nos inspira sentimientos encontrados. Aunque puede atribuirse á prudencia el aceptar pacientemente el poder, al parecer invencible, de los tártaros y tenerse por habilidad el explotarlo en su provecho personal, como hizo Alejandro, es innegable que la conciencia nacional debió de sufrir extraordinariamente al ver que el mejor de sus hombres se entregaba, sin intentar la lucha, á la servidumbre. Otra cosa se esperaba de él, á quien se ofrecieron distintas ocasiones de pedir y obtener el auxilio extranjero para sacudir el yugo tártaro. El papa Inocencio IV le ofreció el apoyo de un ejército de cruzados con la esperanza de que, gracias á Alejandro, toda la Rusia entraría en el seno de la iglesia romana. Dos cartas con este objeto

escritas por el pontífice en 1248 demuestran cuántas ilusiones abrigaba sobre este particular (1). Alejandro convocó una asamblea consultiva y contestó al papa: «Sabed que reconocemos como verdadera doctrina de la Iglesia cuanto dicen el Antiguo y Nuevo Testamento, lo que se dispuso hasta la época de Constantino y cuanto ordenan los concilios, desde el pri-

mero al séptimo: en cuanto á vuestras doctrinas no queremos aceptarlas.» La iglesia griega dió posteriormente á Alejandro el dictado de santo, y sus restos se veneran todavía en el convento de Alejandro-Newski, en San Petersburgo.

Un enemigo mas enérgico tuvieron los tártaros en el Sudoeste de Rusia en Daniel de Halicz.



Yelmo del gran duque Alejandro Newski.

Forjado en cobre rojo, con orejeras y cuello de siete campos adamasquinados con oro. Lleva la siguiente inscripción árabe: «Ayuda de Dios, próxima victoria, avisa á los creyentes» (del Alcorán); esta inscripción, la corona con cruces y el estilo asiático del trabajo demuestran que el yelmo data del tiempo de las Cruzadas. Conservado en el Kremlin de Moscou.

CAPITULO XVIII

HALICZ Y EL REY DANIEL (2)

Mientras la parte oriental del Sur de Rusia fué perdiendo la pureza de su sangre eslava por efecto del continuo contacto de los elementos turcos de las estepas, esta pureza se

(1) Véase respecto de esto el artículo de R. Hausmann, en la *Real Enciclopedia para la teología y la Iglesia*, I, pág. 278.

(2) Véase Kostomaroff: *Rasgos de la vida popular del Sur de Rusia*.

había conservado en cierto modo en los territorios fronterizos del Sudoeste, es decir, en Halicz y en la Wolhynia. La población primitiva estaba en estos lugares mas próxima á las tribus eslavo-occidentales que los principados rusos del Norte y del Este, influidos por los elementos fineses, y de aquí el antagonismo político que entre unos y otros existió. El país era rico y fértil, muy propio para la agricultura y la

En las *Monografías históricas*, tomo I, pág. 230. — Daschkewitz: *El gobierno de Daniel de Halicz*, Kieff, 1883 (ambas en ruso).

cria de ganados, y estaba cruzado por rios navegables que desembocaban en el Danubio y en el mar. Exportábanse cereales, ganado, pieles y la sal que se recogía en Bakuta (1). Oleschje, en la desembocadura del Dnieper, era el puerto de Galitzia, desde el cual los géneros eran transportados por el Dniester, en cuyas márgenes levantábanse gran número de ciudades. Todo esto proporcionaba á la poblacion un bienestar que fué causa de que se formara allí una poderosa clase de boyardos como no la encontramos en parte alguna del resto de Rusia. Protegidos estos boyardos por la propiedad de extensos inmuebles, cuyos productos encontraban constantemente mercados, alcanzaron una importancia política que, por desgracia del país, llegó á hacer sombra al mismo gran duque. Ellos estaban apoderados de la wetsche; formaban parte del consejo del príncipe y le proclamaban y destituían á su antojo, segun que se sometía á su voluntad ó quería conquistarse una posicion independiente. Así el país era continuamente presa de gran excitacion y víctima de guerras civiles, tanto mas funestas, cuanto que Hungría, Polonia y muy pronto la Lituania tendian sus codiciosas manos para apoderarse de aquel rico territorio. Los boyardos intervinieron tambien en la vida privada de los príncipes, llegando á secuestrar y quemar en vida á Nastasja (Anastasia), querida de uno de sus mas enérgicos príncipes, Yaroslao Osmomisl, y á ahorcar á otros tres príncipes que les molestaban como pretendientes. La repugnancia que inspiraba la familia de Rurik no la encontramos en este territorio. No por esto debe creerse que estos boyardos, que constituyen un tribunal moral tan severo, fuesen menos desordenados en su conducta; antes al contrario, las crónicas galitzio-wolhynias están llenas de violencias por ellos cometidas y siempre las vemos defender á los príncipes cuando éstos trataban de ejercer represalias. Kostomaroff hace notar con razon que por la historia de Halicz se comprende lo que hubiera sido de los principados parciales rusos si los acontecimientos — refiérese sin duda á la dominacion tártara — no hubiesen dado origen á una soberanía única: Rusia hubiera vuelto al estado de cosas existente antes del llamamiento de los warangos, es decir, que las distintas poblaciones hubieran acabado por tener príncipes y wetsches propios, sin estar unidas por el lazo de una familia real única. Entre tanto, Halicz tuvo tambien su príncipe violento y con voluntad de hierro que puso á raya á los boyardos. Hasta el año 1188, Halicz habia sido gobernada por la familia de Rostislao Wladimirowitz, nieto de Yaroslao el Grande; pero en aquella fecha, y á consecuencia de los desórdenes que estallaron, fué llamado al trono el inteligente y enérgico Roman Mstislawitz de Wolhynia. Destronado por un pretendiente, á quien apoyaba el ejército húngaro, fué nuevamente proclamado rey; con todos los medios que le ofrecian la astucia y la fuerza y con inhumana crueldad, — si hemos de dar crédito á las fuentes polacas, — supo aniquilar al partido adverso, que dirigian los boyardos. Este príncipe hizo enterrar, mutilar, desollar y quemar vivos á sus adversarios, á los cuales atraía bajo apariencias de amistad, para luego hacerlos perecer en medio de los mas horribles tormentos. «El que quiere comer miel tiene que destruir las abejas,» esta era su doctrina política. A pesar de esto, los cronistas rusos, poco adictos á los boyardos, emiten un juicio favorable sobre este príncipe, cuya muerte, acaecida en 1205 durante la lucha contra Polonia, fué muy sentida.

Roman, al morir, dejó una viuda y dos hijos, Daniel, que contaba cuatro años, y Wassilko, que era todavía niño de pecho. Todos al poco tiempo tuvieron que huir de Halicz,

(1) En Ponishje (valle), una parte de Halicz, que despues se llamó Podolia.

comenzando en este territorio y en Wolhynia un período de desórdenes indescriptible. En el corto espacio que media hasta 1218, el poder pasó por ocho manos distintas: Polonia y Hungría apoyaban ora á uno, ora á otro pretendiente, ó lo destronaban á instancia de los boyardos. Despues de esto, ocupó el trono un boyardo ambicioso, Wolodislao, caso hasta entonces nunca visto, que tuvo por inmediata consecuencia la caída y la muerte del usurpador. Tan grandes fueron los desórdenes que á esto siguieron, que, despues de no haber príncipe alguno en este territorio, los húngaros pudieron sentar sus reales en el país y el rey Andrés pudo hacerlo administrar, en nombre de su hijo Koloman, por el ban Filui, á quien las crónicas rusas dan el sobrenombre del «soberbio.» Esta dominacion extranjera fué causa de una nueva sublevacion apoyada por Mstislao el Temerario de Nowgorod, que arrojó del país á los húngaros (1218). Estos, sin embargo, volvieron cuando Mstislao casó á una de sus hijas con Koloman. Daniel, que tambien era yerno de Mstislao, se habia apoderado entretanto de una parte de Wolhynia y la conservaba á pesar de toda la resistencia que se le oponia. Como príncipe de Wolhynia tomó parte en la batalla de Kalka contra los tártaros, en la cual fué herido en el pecho, y de regreso á su patria continuó la lucha para reconquistar toda la Wolhynia, cosa que no le fué del todo fácil. Tanto los polacos, entre los cuales tenia un aliado en el príncipe Leschko, como los príncipes del Oeste de Rusia le hacian difícil el avance, y por otra parte debia intervenir con su ejército en los disturbios que entonces en Polonia ocurrían. Mostró grandes miras y puntos de vista generales cuando dispuso que los rusos y los polacos convinieran en no hacer en lo sucesivo prisionero á ningún labrador.

Así se llegó al año 1229. Mstislao y Leschko habian fallecido y en Halicz seguía gobernando Koloman, ó mas bien el boyardo Sudislao en su nombre. Ambos tenian disgustados á los inquietos haliczios, los cuales aprovechando la ausencia de Sudislao, que habia emprendido una campaña para conquistar una parte de Wolhynia, proclamaron príncipe á Daniel. Sudislao tuvo tiempo de regresar y de encerrarse con su señor en la capital, Halicz; pero cuando se presentó Daniel poniendo sitio á la ciudad y cuando á él se pasaron las poblaciones de los alrededores, los húngaros se vieron obligados á capitular. Daniel les dejó salir libremente y tuvo la suerte de que la tentativa que hizo el rey Andrés para recobrar á Halicz fracasara á causa del mal tiempo: «Dios envió al arcángel Miguel, que abrió las cataratas del cielo. Los caballos húngaros perecieron ahogados y sepultados en el barro. Esto no obstante, el enemigo avanzó hasta Halicz, pero los polowzes acudieron al auxilio de Daniel y además el Dniester se salió de madre, causando grandes daños á los húngaros, los cuales sintieron indecible miedo y perdieron todos sus víveres. En vista del hambre que se llegó á sentir, los húngaros se retiraron (2).» Daniel púsose muy pronto en pugna con sus arrogantes boyardos: era tan poco el respeto que inspiraba aquel príncipe, que entonces tendría unos treinta años, que en un banquete uno de sus magnates le arrojó al rostro un vaso de vino, y habiendo Daniel dejado impune tal insolencia, tramó una conspiracion contra su vida. El plan consistía en asesinar durante un banquete á Daniel y á su hermano, que se encontraba en el inmediato lugar de Brest, y en elevar al trono á su primo Alejandro de Belsk. Advertidos á tiempo, pudieron librarse de aquel peligro, pero el príncipe tuvo que huir en vista de que sus adversarios volvían á llamar á los húngaros. Daniel se dirigió á Kieff y consiguió reclutar allí y en las vecinas estepas po-

(2) Véase Kostomaroff, obra citada, pág. 248.

lowzes un ejército, con el cual marchó sobre la rebelde ciudad. Afortunadamente para él falleció el rey Andrés de Hungría, y Halicz abrió sus puertas al príncipe. Con esto, sin embargo, no quedaban asegurados ni la ciudad ni el país. Daniel, aliado con Kieff, luchó contra Chernigoff, cuyo príncipe Miguel tenia cierto partido entre los boyardos haliczios; de aquí la necesidad de luchar contra él y contra sus partidarios para conservar el trono tan difícilmente conquistado. Derrotado en Torschesk, á pesar del valor personal que mostró en la batalla, tuvo que huir ante aquel nuevo adversario, el cual puso en el trono particular de Halicz á su hijo Rostislao, conservando Daniel únicamente la parte occidental, es decir, Peremischl y los territorios á ésta anexos. Las alianzas menudearon desde entonces: contra Polonia, que estaba aliada con Miguel de Chernigoff, lanzó Daniel — aliado á su vez con sus antiguos enemigos, los húngaros — á los lituanos. Daniel consiguió atraerse á Kieff, y cuando al año siguiente, 1239, sus tropas avanzaron hasta Halicz, pasóse á él la poblacion de esta capital, descontenta de la política egoísta y sin direccion de los boyardos y cansada de tan continuas guerras y devastaciones. Los boyardos no tuvieron tampoco mas remedio que implorar gracia y Rostislao vióse precisado á huir á Hungría.

De esta suerte volvió á gobernar en Halicz el príncipe Daniel, en cuyas manos tiempo hacia que se encontraba la Wolhynia; y como tambien era señor de Kieff, fué indiscutiblemente el príncipe mas poderoso del Sur de Rusia. Es digno de notarse que á pesar de verse en una situacion que ponía bajo su poder á sus enemigos, se mostrara Daniel bondadoso. Este príncipe no quiso residir mas tiempo en Halicz, ciudad que tan poca confianza le merecía, é imitando el ejemplo de Bogolyubski, que fijó su residencia no en Sudsal sino en Wladimir, trasladóse á Cholm, ciudad por él construida, en la cual no habia tradiciones de partidos, ni una wetsche poderosa ni altaneros boyardos. Allí debia estar mas segura su soberanía.

Entonces ocurrió la invasion de los tártaros. Ya hemos visto con cuánto valor defendió á Kieff Dmitri, en representacion de Daniel, pero despues de haber sucumbido esta ciudad, Daniel no se atrevió á oponer ulterior resistencia. Pasada la irrupcion de los mogoles, regresó á su devastado país: su intencion era detenerse primero en Drohitschin, pero no pudo realizarla porque el gobernador se negó á abrirle las puertas de la ciudad. En Brest no pudo penetrar porque las pestilentes emanaciones de los cadáveres en estado de descomposicion hacian imposible aproximarse á la villa. Lo propio le sucedió, al parecer, en todo el país, hasta que por último pudo refugiarse en Cholm. Todo cuanto antes habia hecho parecia perdido. Los boyardos se habian repartido á Halicz y mostraban de nuevo su antigua arrogancia: Rostislao, aquel usurpador á quien Daniel á costa de tantos trabajos habia conseguido destronar, formulaba nuevamente sus pretensiones como yerno del rey Bela IV, viéndose en ello la mano de Polonia. Al fin el pretendiente fué de nuevo derrotado en las cercanías de Halicz: la última batalla decisiva se libró en Sana, donde Daniel consiguió una brillante victoria (17 de diciembre de 1249) que puso para siempre término á las pretensiones de Rostislao y que obligó á Bela á firmar la paz, no sin que antes pasara Daniel por una humillacion cuya consecuencia inmediata fué un aumento de su poder en el exterior. El príncipe vencedor habia resuelto dirigirse á Sarai. Ya en 1243, cuando Batu regresó de Polonia, dos generales tártaros, Mamman y Balaa, habian penetrado en Halicz. Daniel habia huido á Wolhynia, donde reinaba su hermano, dejando que los tártaros invadieran el país y regresando despues á Cholm. Cuando los demás

príncipes rusos fueron á Sarai, no quiso unirse á ellos, de manera que Halicz no pagó, hasta 1250, tributo alguno á los tártaros. Pero en dicho año recibió una embajada del khan ordenándole que entregara á Halicz. Daniel, que habia previsto este suceso, habia entrado desde 1246 en negociaciones con Roma, negociaciones que fueron suspendidas en 1249 al convencerse Daniel de que no podia esperar de allí apoyo real alguno. No se encontraba, pues, en condiciones de resistir á los tártaros: sus ciudades no estaban fortificadas y el país se encontraba completamente esquilmo á consecuencia de las continuas guerras. En tales circunstancias, tomó consejo de su hermano, con el cual vivía en buenas relaciones, contra lo que era costumbre entre los príncipes rusos, y resolvió ir á ver personalmente á Batu para conservar á su familia el principado de Halicz (1). En 25 de octubre emprendió su marcha hácia Kieff, en cuyos templos buscó fortaleza para dar el difícil paso que se habia propuesto. No marchó directamente en busca de Batu, sino que ofreció antes sus respetos á los tártaros que se habian fortificado en Perejaslawl y luego al jefe de las hordas nómadas que se encontraban en el Sur de Rusia. Por fin llegó á la presencia de Batu y penetró en su tienda, despues de haberse inclinado ante él, es decir, arrojado al suelo, segun lo exigía la costumbre. El tártaro le dijo: «Daniel, ¿por qué has tardado tanto en venir? Pero al fin, bueno es que hayas venido ahora: ¿bebes nuestras bebidas, la leche negra de yegua ó el kumis?» á lo cual contestó Daniel: «Hasta ahora no las he bebido, pero si tú lo ordenas, las beberé.» Batu repuso: «Tú eres ahora nuestro tártaro, bebe nuestra bebida.» Daniel bebió é inclinándose del modo dicho, añadió: «Quiero ir á prosternarme ante la gran princesa.» Daniel fué despedido y pasó á ver á la esposa del khan, que le dispensó cordial acogida y le dió á beber una copa de vino. A propósito de esto dice la crónica del Sur de Rusia: «¡Oh pérfido honor tártaro! Daniel Romanowitz, que era un gran príncipe que en Rusia gobernaba en Kieff, Wladimir y Halicz, con su hermano, y en otros territorios, ¡ahora dobla las rodillas y se titula siervo!» Pero la humillacion consiguió su objeto, pues á los veinticinco dias fué despedido Daniel, el cual recibió de manos de Batu el principado de Kieff como feudo hereditario.

De un modo análogo procedió Batu con todos los príncipes rusos; y como en todas partes, á excepcion únicamente de Nowgorod, se debilitó por consiguiente en gran manera el poder de los boyardos y de la wetsche, los príncipes del Este de Rusia apenas sintieron encontrarse bajo la dependencia de la Horda. No así Daniel, que educado en las ideas del Occidente de Europa sentia profundamente toda la vergüenza de la servidumbre. A su regreso salieron á recibirle su hermano y sus hijos, ¡llorando amargamente la humillacion, pero alegrándose sobremana de que volviera sano y salvo.» El rey Bela casó á su hija con Lew, hijo de Daniel, quien, como vasallo de los tártaros, era entonces para él mas peligroso que antes, y los mismos boyardos no pudieron ya, como antiguamente, colocarse frente á frente del príncipe.

Daniel consagró el resto de su vida á la idea de sacudir la dependencia de Sarai y borrar la vergüenza que pesaba sobre su nombre desde que habia tenido que inclinarse, en la Horda, delante del khan. En él se veía una aspiracion mas elevada que en Alejandro, el vencedor del Neva, que se resignó á su suerte y no vió en sus planes mas allá de las fronteras de su propio país. Ya en 1236, cuando el emperador Federico II declaró la guerra al duque de Austria, Daniel se habia propuesto prestar á éste su apoyo; pero le disuadió

(1) Segun la crónica de Hypatius, pág. 535.